

El dolor: Problema y misterio⁽¹⁾

A. Sánchez-Palencia

Cuando llega el momento de sufrir el dolor, ayuda más un poco de valor que un conocimiento abundante; algo de compasión humana más que un gran valor; y la más leve tintura de amor de Dios más que ninguna otra cosa.

C. S. LEWIS (2)

Paideia hedónica

No es tarea fácil escribir o hablar acerca del dolor en un mundo –el que nos ha sido dado vivir– deslumbrado por el placer y obstinado en un titánico esfuerzo por desterrar de la vida aquella mitad sombría que, como la Hidra de Lerna, resurge según se intenta acabar con ella cortando sus cabezas (3). Incluso llega a resultar grosero o de mal gusto... el dolor es un tabú para el hombre occidental de hoy. Son innumerables las manifestaciones de este fenómeno: algunas evidentes, otras sutiles, mas una mirada atenta las descubre por doquier. En el ámbito de la salud, por ejemplo, comenzando por el nombre –un eufemismo que no logra desterrar el dolor y la muerte de los hospitales–, el paciente es

visto cada día más como una denuncia en potencia que en muchas ocasiones se actualiza sin justicia movida por el rechazo del dolor. En la *res publica* el poder político es recriminado como responsable de catástrofes que exceden el dominio de su potestad. En la educación, el refuerzo positivo ha desterrado el castigo... y el suspenso pugna por desaparecer del sistema educativo... Y así, esta *paideia* (4) del placer consagra el hedonismo (5) como dogma incontrovertible en una sociedad –la nuestra– que abjura de todo dogma.

Mas en contradicción con semejante empeño hedonista, como la mítica Hidra, la realidad insoslayable del dolor surge y resurge una y otra vez negando categóricamente con su sola presencia el dogma he-

(1) Texto de la conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca el 23 de febrero de 2005 en el marco del Seminario anual organizado por la Fundación Ibermedicina en colaboración con la Facultad de Medicina.

(2) *The problem of pain*, 1947. Versión española de José Luis DEL BARCO: *El problema del dolor*, Rialp, Madrid, 1999, pág. 20

(3) La Hidra es un monstruo de la mitología de la Antigüedad que vivía en el lago de Lerna y tenía siete cabezas que renacían a medida que se cortaban y que fue muerto por Hércules, quien se las cortó todas de un golpe.

(4) La palabra *paideia* que da título a la conocida obra de Werner Jaeger significa la unidad originaria que en el mundo griego formaban expresiones modernas como civilización, cultura, tradición, literatura o educación. Con su empleo en el texto queremos referir todas aquellas esferas de la vida y de la actividad que contribuyen a la socialización del hombre en torno a una cosmovisión, en este caso, hedónica. Sobre el alcance y significado de *paideia*, véase la Introducción a la citada obra homónima de Jaeger, traducción de J. Xirau, F.C.E., 1942.

(5) Doctrina que proclama como fin supremo de la vida la consecución del placer.

Palabras clave: Dolor. Miseria. Culpa. Problema. Misterio

Fecha de recepción: Marzo, 2005

Seminario Médico

Año 2005. Volumen 57, N.º 1. Págs. 23-30

donista. No requiere de complejas razones: está ahí en perpetua amenaza. Mas a pesar de su tozuda presencia, el hombre actual aún espera la solución mítica al problema del dolor: espera al nuevo Hércules —ahora la ciencia— capaz de cortar las siete cabezas del monstruo de un solo y extraordinario golpe dando muerte final y perpetuamente al enemigo del pueblo.

Aquí encontramos una clara manifestación del pensamiento utópico ilustrado enraizado en la antropología de Rousseau, así como de su carácter mítico... Mas esta cuestión, por interesante que sea y nos lo parezca, nos aleja de nuestro propósito actual; a saber, la pregunta por el dolor: ¿qué es el dolor?

Del mito al logos

Responder esta pregunta requiere sacarla de la esfera mítica y plantearla en el ámbito del logos. Es éste un quehacer que exige salir del pensamiento débil (6) para enraizarse en la tradición occidental inaugurada por los griegos, caracterizada desde su origen por el esfuerzo genuinamente humano de buscar respuestas universales a problemas universales.

El dolor: Primera aproximación (objetiva)

La palabra dolor refiere distintas realidades: así, en una primera aproximación, trataremos del dolor físico. Hablar del dolor físico en este foro en que me escuchan profesores y alumnos de la Facultad de Medicina de Salamanca y profesionales de la salud me sonroja... Cedo, pues, la palabra a un claustral de esta Universidad. En el nivel objetivo de la realidad, entendiendo

por tal aquella esfera de lo real mensurable y, por lo tanto, susceptible de ser cuantificada, el dolor físico podría definirse fisiológicamente como «una sensación desagradable producida por la acción de estímulos de carácter perjudicial» (7). Dichos estímulos pueden proceder del exterior, como sucede cuando, por ejemplo, me quemó la piel en contacto con el fuego o desgarró mi estructura anatómica fruto de cualquier traumatismo; o encontrar su causa en alteraciones de mi propia estructura, como, por ejemplo, cuando me duele la cabeza como consecuencia de una elevada presión arterial.

En el dolor físico —como señala el Dr. BONDÍA GARCÍA-PUENTE, profesor de Patología General— «hay que considerar, por tanto, las causas que estimulan las terminaciones nerviosas, las vías que conducen los impulsos dolorígenos y los centros nerviosos que los reciben para transformarlos en percepción (sensación consciente)» (8). Surge después la reacción psíquica del dolor... mas aquí hemos de dejar la esfera de lo objetivo, que no de lo real, y adentrarnos por los caminos de la metafísica a través de la antropología filosófica. Pero sobre ello, volveremos más adelante.

Para terminar esta primera aproximación, debemos considerar «al dolor como un síntoma de evidente carácter protector. Es un aviso de muchas enfermedades, como una señal de peligro. Las afecciones que no se acompañan de dolor son diagnosticadas más tardíamente, con los riesgos inherentes a ello» (9). Importa aquí subrayar cómo en el orden biológico el dolor tiene un sentido teleológico.

(6) Se conoce con el nombre de *pensamiento débil* a la desconfianza en la razón humana surgida como consecuencia de los monstruos producidos por la razón racionalista. Esta postura, típicamente postmoderna, constituye una forma de escepticismo que, como ya ha sucedido con anterioridad a lo largo de la historia, conduce a posiciones morales hedonistas.

(7) Según definición de MACBRIDE citada por M. Bondía en el artículo que responde a la voz *dolor* de la G.E.R., Rialp, Madrid, 1972, Tomo VIII, pág. 53.

(8) *Ibid.*

(9) *Op. cit.*, pág. 54.

*El dolor: Segunda aproximación
(metaobjetiva)*

Sin embargo, el conocimiento objetivo no agota la respuesta a la pregunta por la naturaleza del dolor; simplemente constata y describe con precisión admirable los procesos causales en el orden fisiológico asociados al fenómeno doloroso. Toda vez que la ciencia positiva nos ofrece su respuesta, cabe todavía preguntar por causas más profundas. Nuestra pregunta podría formularse de la siguiente manera: ¿por qué existe el fenómeno del dolor? Esta pregunta va más allá del cómo físico del dolor y busca su causa meta-física. La pregunta nos traslada al origen mismo de la filosofía: a la admiración reflexiva ante el devenir; es decir, ante la realidad que se manifiesta como proceso o cambio. «Heráclito adujo la imagen del río, según la interpretación platónica, aceptada y desarrollada por Aristóteles, Teofrasto y los doxógrafos, para recalcar la absoluta continuidad del cambio en cada cosa individual: todo está en flujo continuo como un río» (10). En efecto, la mutabilidad de los entes materiales explica el mal físico, en ella residen los procesos de generación y degeneración que fundan un universo de seres corruptibles. El genio filosófico de los griegos buscó la causa del mal, y de modo más o menos explícito creyó encontrarla en la materia. Así —con la salvedad que una afirmación tan general

aconseja— en Platón, Aristóteles y Plotino (11).

Sin ánimo de perderles por los vericuetos de la metafísica, para analizar rigurosamente la cuestión del dolor, es necesario señalar cómo la solución griega al problema del mal situándolo en el plano de la cualidad —reducir el mal a la materia—, conduce necesariamente a un pesimismo que, a pesar de la belleza de sus formas artísticas apolíneas, no fue ajeno a la antigua Grecia. Grecia es tanto Fidias como Esquilo; Apolo como Dionisos. La superación del pesimismo griego es posible merced al dato de la Revelación que inspira el optimismo metafísico occidental cristiano. En efecto, la bondad de todo lo creado, incluida la materia, y el hecho de que la causa primera que crea el universo *ex nihilo* obra libremente, sitúa la mutabilidad en el plano de la existencia: «Si hay cambio, no es debido a cierta clase de seres, los seres materiales, sino simplemente porque hay seres» (12). La contingencia radical de las criaturas hace metafísicamente necesaria la posibilidad del cambio. Además, el hecho de que exista lo bueno y lo mejor hacen que lo menos bueno sea, en cierto sentido, un «mal». Esas inferioridades relativas unidas a la mutabilidad dan razón del mal físico que, sin embargo, no tiene entidad y, por tanto, es vencible. Este optimismo metafísico alimenta la sentencia *vince in bono*

(10) G.S. KIRK y J.E. RAVEN: *The presocratic philosophers*. Versión española de Jesús GARCÍA FERNÁNDEZ: *Los filósofos presocráticos*, Gredos, Madrid, 1970, pág. 278.

(11) «Platón no ha dejado ninguna solución sistemática del problema del origen del mal. Aristóteles atribuye a su maestro un franco dualismo, es decir, el reconocimiento de dos principios de las cosas, bueno el uno, malo el otro (...). Según ese testimonio, la materia sería el principio del mal en el platonismo (...). Aristóteles se expresa a veces en términos muy cercanos a los que adoptarán los pensadores cristianos. El mal, dice, no existe en la naturaleza (*Metaf.*, 9, 1051^a 17-18). El acto es ser y el ser es bueno. Sin embargo, como introduce la noción de materia y la define por la potencialidad que la opondrá al acto, Aristóteles se ve llevado a vincular el mal a la materia. No dice que ésta sea mala, pero es el principio de mutabilidad». Cf. E. GILSON: *L'esprit de la philosophie médiévale*, 1932. Versión española: *El espíritu de la filosofía medieval*, Rialp, Madrid, 1981, pág. 118. «Plotino sugería una respuesta (...). ¿Por qué no admitir que el principio del mal es la materia? Puesto que el ser es el bien, lo que es contrario del ser es necesariamente el mal. En un sentido, pues, la materia es un no-ser, pero su no-ser es precisamente un no-ser platónico, es decir, no exactamente una no-existencia, sino un no-bien». *Ibid.*

(12) E. GILSON: *op. cit.*, pág. 122.

malum, que confiere a nuestra civilización occidental cristiana su sello característico de esfuerzo confiado en la esperanza y que da razón, entre otras cosas, del progreso de las ciencias y de las condiciones materiales de vida hasta las altísimas cotas disfrutadas por la generación presente.

El dolor: Tercera aproximación (psíquica)

En esta aproximación tercera al problema del dolor nos adentramos en el ámbito de la *psicología*, entendida en sentido clásico; es decir, como parte de la filosofía que trata de la *psique* o alma humana. No toca aquí plantear el *ubi* de la interioridad y su naturaleza, sino solo constatar que el problema del mal físico se complica extraordinariamente cuando se plantea en el ámbito de los seres razonables. En efecto, la luz de la conciencia permite al hombre conocer su destino y por ello padece. Lo que en los seres inferiores –inanimados– y en los seres vivos –vida vegetativa y sensitiva– sólo es corrupción, es en la vida intelectual, en el hombre, *miseria*... cruel destino eternamente cantado por los poetas, desde los trágicos griegos a los contemporáneos, pasando por el insigne Rector de esta Universidad... ¿Cómo no citar lo hoy, aquí, en su «dorada Salamanca»?...

26

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo muera
guarda, dorada Salamanca mía
tú mi recuerdo (...). Y cuando el sol al
[acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido (13)...

...Es la incomprensión natural hacia el hecho del movimiento, del envejecimiento y la muerte; y el anhelo humano, demasiado

humano, de sobrevivir a la propia existencia efímera... ¡Ah!, ¡qué hermosas palabras ha arrancado la miseria de la boca de los hombres! No deja de ser inquietante la *belleza de lo trágico*... pero este camino, por interesante que sea y nos lo parezca, tampoco es nuestro camino hoy... Dejémoslo, pues, sólo oteado, y sigamos nuestro discurso.

El dolor: Cuarta aproximación (moral)

También la conciencia moral es fuente de sufrimiento. El hombre es un ser libre y, por ende, defectible, que puede fallar. Vivir para el hombre es relacionarse con los seres que pueblan su universo y a través de esas relaciones, el hombre construye o destruye su propia humanidad. A esa segunda naturaleza constituida por el libre albedrío de la persona humana, los griegos la denominaron *ethôs*. En ese hacerse libremente en relación mutuamente fecundante o esterilizante con el entorno, que para el hombre no es mero medio sino mundo, grávido de significación y posibilidades de actuar con o sin sentido, el hombre se sabe responsable: responde de su actos ante el tribunal de la conciencia moral. En dicho proceso, íntimo, *crimen* y *castigo*, culpa y pena, se suceden sin posibilidad de absolución o indulto. En él, fiscal, juez, reo y alguacil son una misma persona: yo. Tal vez la culpa constituya la fuente del mayor dolor: el de la conciencia atormentada que no puede huir de sí. De igual manera que la anterior, esta clase de tragedia interna, que nace del *yerro* (14) ha inspirado páginas admirables de la literatura universal. *Las Confesiones* de San Agustín, por ejemplo, narran desde este punto de vista las íntimas peripecias de un alma que busca la salvación en el perdón y la paz. Pero esa salva-

(13) Miguel DE UNAMUNO: *Salamanca*.

(14) En *Poética*, a propósito de los personajes de la fábula, habla Aristóteles de aquellos que pasan de la dicha a la desdicha «no por maldad, sino por un gran yerro» (*Poét*1453a) para significar las consecuencias nocivas del error trágico. Sobre esta cuestión puede verse mi artículo «Catarsis en la Poética de Aristóteles», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, n.º 13, 127-147, UCM, Madrid, 1996.

ción anhelada trasciende el claustro de la conciencia y el dominio del humano querer: está más allá de la humana posibilidad. Así, igualmente, en estos versos de Quevedo:

Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, el alma mía:
desnúdame de mí, que ser podría
que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que he de hallar la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal Cebo.

Tu imagen soy, tu hacienda propia he sido,
y si no es tu interés en mí, no creo
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide el verme cual me veo,
no lo que pido yo, que de perdido,
aún no fío mi salud a mi deseo (15).

No obstante el interés de la cuestión moral, en lo que hoy nos ocupa, importa remarcar el sentimiento de culpa que acompaña al enfermo que se sabe o se cree responsable de su dolencia. En efecto, a la miseria que caracteriza la lucidez en el devenir efímero de la vida humana, se une la culpa cuando la enfermedad procede de hábitos no saludables de vida. En estos casos, contingencia externa e interna van a una precipitando el destino fatal del paciente y redoblando el sufrimiento.

Hemos distinguido y explicado brevemente tres realidades a las que aplicamos analógicamente el nombre común *dolor*: el dolor físico, la miseria y la culpa. También hemos considerado la mutabilidad y las inferioridades relativas de los entes como condición metafísica de la posibilidad del mal, que es causa del sufrimiento. Todo ello nos abre el camino para comprender en sus justos términos el dolor como problema y misterio.

La reducción problemática

Cual fruto granado y sabroso, podemos extraer de nuestras anteriores reflexiones me-

tafísicas a propósito de la segunda aproximación al dolor (aproximación metaobjetiva) una jugosa conclusión; a saber, que tanto si consideramos el paradigma metafísico griego como el cristiano, propiamente occidental, la Hidra –llegados a este punto, no queriendo aturdir al auditorio con el intrincado lenguaje filosófico prefiero hacer uso del lenguaje simbólico–, la Hidra –decía–, el terrible monstruo mitológico de siete cabezas, que hemos utilizado como símbolo del mal que causa dolor, es metafísicamente imposible de reducir hasta hacerla desaparecer.

La hazaña hercúlea no es posible... el progreso no proveerá en ningún caso de un Hércules vengador que traiga la felicidad perfecta. La solución mítica (Hércules), en la que depositó su fe el hombre moderno –y en la que todavía creemos– es una quimera imposible. El optimismo ingenuo que ha caracterizado el pensamiento ilustrado es iluso. El repentino final de la utopía marxista es contundente prueba de lo que afirmo, así como profético vaticinio del porvenir que aguardan las utopías que aún perviven (Vg., *La paz perpetua*, el *Fin de la Historia* –F. FUKUYAMA– o la *utopía cientista...*).

En efecto, a causa de la poderosa influencia que ejerce en nosotros el modo actual de pensar, creemos que el dolor es sólo un problema y, como tal, susceptible de ser solucionado.

La filosofía actual (Gabriel MARCEL) distingue entre problema y misterio. Considera este pensador que ambos constituyen modos de conocimiento. Un problema es una inquisición que se hace respecto a un objeto que el yo aprehende de un modo exterior.

El proceso de objetivación –fruto de un grado de abstracción en virtud del cual el sujeto separa de la realidad aquellos aspectos mensurables y los considera aisla-

(15) FRANCISCO DE QUEVEDO, Salmo 1, en: *Poesía varia*, Cátedra, Madrid, 2000, pág. 101.

damente prescindiendo de lo demás— permite al sujeto establecer una idea clara y distinta del objeto, perfectamente transmisible y dominable por la técnica objetiva. Estas ideas tienen, por decirlo así, una vida pública independiente del sujeto y constituyen el mundo de la problemática. La ciencia y la técnica científica son el supremo logro del conocimiento problemático. Lo esencial del problema es que no incluye al sujeto. El misterio, en cambio, es una cuestión en la que lo dado no puede ser considerado como separado del yo. Lo dado me comprende (16). Lo esencial del misterio es que incluye al sujeto.

El ejemplo supremo de misterio es el ser. Todas las cosas son misteriosas en tanto que son. La metafísica, ciencia del ser en cuanto ser, se convierte así en ciencia del misterio. Esta observación —esencial en la filosofía actual— es compartida por Martin HEIDEGGER cuando afirma que «toda pregunta metafísica sólo puede plantearse de tal modo que el que pregunta, por su mismo preguntar, esté envuelto en la pregunta» (17). Otra diferencia es que un problema admite solución. Su solubilidad no es lo que le hace ser un problema, pero por ser un problema es soluble; y por ser soluble se puede hallar un resultado que tiene una vida independiente del sujeto.

El misterio no es susceptible de solución en sentido propio; es decir, en la región del misterio no se puede aplicar la noción de resultado definitivo e independiente del sujeto. No hay que confundir, sin embargo, un problema no resuelto (Vg., el modo de curar una determinada enfermedad) con un misterio.

El hecho de no haber encontrado una solución o incluso que pueda seguir indefinidamente sin resolverse no lo convierte en

un misterio filosófico. La filosofía no consiste, como alguna vez se la ha visto, en anticipar una serie de problemas que la ciencia, a la zaga, va resolviendo a medida que cuenta con los instrumentos metodológicos adecuados. No, filosofía y ciencia son dos modos diversos de conocer.

Por lo que respecta al sujeto, un problema es universalmente válido para todo sujeto en cuanto sujeto puramente epistemológico y, como tal, un sujeto cualquiera intercambiable por cualquier otro. El misterio en cambio es fundamento de la inverificabilidad.

Es la persona singular quien pregunta por el misterio, y la pregunta envuelve al yo, le evoca al ser formulada. El acceso al misterio es absolutamente personal y libre. En cuanto a la actitud del sujeto, la fuerza motriz en una investigación problemática es la curiosidad. Sin embargo, la actitud ante el misterio es de admiración y reverencia.

En otras palabras, ante la realidad en su vertiente objetiva, problemática, la actitud paradigmática es la actitud práctica o de dominio; mientras que ante la vertiente metaobjetiva o misteriosa de lo real, la actitud adecuada es la de contemplación desinteresada. Para Gabriel MARCEL, a quien debemos la lucidez de las anteriores reflexiones, es constante en la experiencia de misterio la conciencia de la propia finitud; ahora bien, dicho conocimiento no es un conocimiento necesariamente triste; la tristeza representa una especie de repulsa o rebelión humana —demasiado humana— ante lo que más arriba llamábamos miseria. Pues bien, sucede que la reducción de la realidad a la realidad objetiva-problemática que ha caracterizado el pensamiento occidental desde la Modernidad y, muy espe-

(16) *Comprender*, según el Diccionario de la Lengua española, significa «abrazar, ceñir, rodear por todas partes una cosa; contener, incluir en sí alguna cosa». Sólo en tercera acepción recoge el significado de «entender, alcanzar, penetrar».

(17) *Zur Seinsfrage (Existence and Being)*, Regnery Co., Chicago, 1949, pág. 335).

cialmente, desde el siglo de las luces, hasta nuestros pies... nos lleva a creer sin pensar que el dolor es meramente un problema y que, por ende, tiene solución. Aquí bebe el mito hercúleo antes referido que, lejos de aclarar la situación del hombre –del médico y del paciente– frente al dolor, la enturbia hasta el enrarecimiento y la desesperación. La *Paideia hedónica* con la que iniciábamos estas reflexiones hunde en esta terrible confusión de los espíritus sus raíces epistemológicas. Sin embargo y en rigor, *dolor físico, miseria y culpa* son realidades que se sitúan en diversos planos de realidad: aquel es un problema y, como tal, soluble; éstas constituyen un misterio cuya «solución», si es que la hay, pasa por renunciar a solucionarla... mas también esta cuestión, por interesante que sea y nos lo parezca, excede el ámbito de estas palabras. *Miseria y culpa* exigen una actitud de humilde contemplación de la existencia humana que es umbral de la *sabiduría*...

La ampliación misterial

Frente al paradigma reduccionista que representa la filosofía rectora de la Edad Moderna cuya génesis y estructura sería largo y complejo desgranar *hic et nunc* (18), y dado el *cul de sac* al que ha llegado, urge un cambio diametral de actitud no sólo intelectual, sino vital que, en lo que a nuestra cuestión de hoy se refiere, *el dolor*, pasa por abandonar el estéril intento mítico hercúleo de domarlo hasta acabar con él y comprender que es una realidad bifronte: problemática y misteriosa que requiere poner en juego, ciertamente, la actitud de dominio para aplacarlo desde sus causas; junta e inseparablemente con la actitud de

contemplación que se abre al horizonte de la compasión humana y de la trascendencia de la vida efímera de los mortales.

En efecto, de manera analógica, así como el dolor físico tiene un sentido teleológico en el orden biológico, es plausible pensar que también en los órdenes ascético, moral, incluso ontológico, el sufrimiento tenga un valor, como también lo tiene en el orden teológico (19). Acceder a dicho valor es camino que ha de recorrer el amor. Consideremos, siquiera someramente, las palabras de C. S. LEWIS que hemos elegido como pórtico de éstas otras:

«Cuando llega el momento de sufrir el dolor, ayuda más un poco de valor que un conocimiento abundante; algo de compasión humana más que un gran valor; y la más leve tintura de amor de Dios más que ninguna otra cosa».

Como término, podemos extraer algunas implicaciones académicas y deontológicas de estas sabias palabras de LEWIS. En esta breve cita, el autor pone en juego en torno a la vivencia del dolor: *conocimiento, virtud, amor humano y divino*; descubriendo entre ellas un orden jerárquico inverso en lo que toca a su eficacia para librar la inevitable batalla contra el dolor... ¿Conocen hoy los responsables de la salud y las nuevas generaciones de médicos estos remedios al dolor? ¿Saben de su presencia como dado inevitable de la existencia humana? ¿Estudian en las Facultades de Medicina que el paciente –la persona humana doliente– no se reduce a un mero cuadro sintomático «objetivo»; sino que, antes bien, es un todo doliente cuyo tratamiento médico –si desea ser digno de este nombre– ha de comprender todos los niveles de rea-

(18) El lector interesado puede encontrar una excelente y didáctica explicación de esta interesante y crucial cuestión en la obra de Carlos VALVERDE: *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, B.A.C., Madrid, 1996.

(19) En este sentido, el Cristo satisface la aspiración hercúlea a la que nos venimos refiriendo, dotando de sentido con su sacrificio a un mundo trágico: el mundo pagano –trátese del precristiano greco-romano o del postcristiano apóstata–. La esperanza de un mundo no cerrado en su contingencia constituye a nuestro modo de ver el rasgo más definitorio del Occidente cristiano. En la afirmación nuclear de la fe cristiana: Jesucristo es Dios, contingencia y necesidad inauguran un diálogo eterno al que queda invitada la humanidad toda.

lidad?... Me temo que, atendiendo al currículum universitario que cursan nuestros jóvenes médicos, tan sólo cuentan con el conocimiento —reducido al conocimiento objetivo del dolor: patología, médica, quirúrgica...— como débil arma para enfrentarse al paciente... y dejamos en manos de la incierta experiencia y del ámbito de la conciencia individual el ejercicio en las armas más eficaces para convivir con el dolor: la compasión en la caridad y la aten-

ción espiritual del enfermo. El resultado es que aquello de «no existen enfermedades, sino enfermos»... es, de hecho, una hermosa mas vacía máxima en la medicina actual, que puede llegar a conjugar el menor dolor físico con el mayor sufrimiento humano. No digo una palabra más. ¡Muchas gracias! ◀

Ángel Sánchez-Palencia Martí, *Universidad Francisco de Vitoria*
